

EL «Día de la Provincia» posee, en Madrid, una significación especial. Ha sido un hombre provinciano —de la Palencia llana, de la umbría de la Valdavia— quien caló la entrañable significación que la provincia tiene en la misma capital de España. Madrid nunca perdió su gracia de provincia; su pequeña, recatada gracia, que la presta un perfil único entre tantas capitales sin perfil, un sentimiento impar entre tantas aglomeraciones sin sentimientos. La provincia nos sorprende, en Madrid, a la vuelta de la esquina; en la plaza que aparece; en los cipreses que escoltan los conventos; en las rejas, que adornan las macetas. Es una provincia seria, de tierra más que de piedra, de alero simple y patio común. Sus torres se hablan, en la hora de las llamadas, con una voz antigua y cantarina, de campana pequeña.

La provincia que la contorna posee, también, un singular matiz; provincia muy variada donde la historia blasona las portadas de Villaviciosa, o de Pinto, o de San Martín; donde el viento limó los cuarteles de Garcilaso y dió en tierra con las columnas de él de Luna, que creó un palacio italiano, en plena serranía, sorprendente y muy bello. Provincia de monte y llano, de mies y de caza, de vega y páramos, parece que en ella se encarnase, reducida, la geografía del resto de España, país de contrastes próximos, de paisajes que, más que presentarse, desfilan. Por ello es tan difícil la regiduría de una provincia, que va desde las aguas frías en la Fonfría —puerto con nieve y romance— hasta las vegas del Henares, y los olivares tendidos de Torrejón, cercados por la infinita sequedad de la llanura.

El rey Felipe II dió Corte a Madrid y monumento a su provincia. El Escorial preside, con su impresionante arquitectura, una tierra que, pese al encanto recatado de El Pualar, al románico de Salamanca, a las torres de Torrelaguna, a la armonía cortesana y florida de Aranjuez, a la cultura tallada de Alcalá, no se caracteriza por su monumentalidad. Tanto que, hasta ahora, Felipe II, el rey al que Madrid debe ser capital y la provincia su octava maravilla, no tenía estatuas en ellas. González Ruano reclamaba hace poco —y maravillosamente— bronce y arte para conmemorar los grandes reyes vinculados a Madrid, a cuya cabeza figura Felipe II, el rey prudente, al que no asustó que los bosques —los bosques apretados del oso y del madroño— no dieran, ya, sombra a Magerit; al que no sedujo, siquiera, la seducción verde de Liboa, remansada en el Tajo, alta de siete colinas como de siete maravillas. Después de haberle leído se siente una nueva soledad cuando se recorre la capital a la que el rey Felipe dió rango, a la provincia a la que dió eternidad.

Por esto hay que repicar campanas, en este día 25 de octubre de 1958. En este día comenzará a alzarse, en El Escorial, sobre granito, la estatua de Felipe II, que la Diputación eleva con ocasión de ser este distrito al que corresponde la conmemoración del V Día de la Provincia. Felipe II aparecerá en ella, sentado en lo que se llamó su silla, sobre roca, con el plano del monasterio en las manos; sus manos finas, que evocan siempre la oración. Delante, el paisaje que lleva a Madrid. El rey está tranquilo y sereno en su piedra. Es un Felipe II maduro, grave. El Felipe II que empieza a comprender que los mejores reinos no son de este mundo.

Que su estatua haya nacido por idea y sentimiento de un hombre que, como el marqués de la Valdavia, vino de una provincia severa y blasonada, siendo un madrileño cien por cien; presta nuevo valor al homenaje que debíamos a Felipe II. Es a esta merecida resurrección, en cuerpo, de aquél del que Lope de Vega dijo: «Que sólo en alma vivía».

MANUEL POMBO ANGULO





FIESTA EN LOS PUEBLOS Y EN LOS HOMBRES

El pueblo está de fiesta. Fiesta grande, que ha trascendido a todos los contornos del lugar. El pregonero lo ha dicho, y su trompetilla, con sus sonos anunciadores de mil cosas buenas, ha llegado hasta ellos. Hay que hacer un alto en la cotidiana labor. Y en verdad que ellos y ellas bien se lo merecen. Durante el duro invierno, en la primavera, en el verano y en el otoño no ha habido rato libre para el ocio sin motivo. Y hoy se alegran, porque justamente han encontrado esa razón.

No es la fiesta del Santo del lugar, ni la fiesta de la vendimia o de la recolección, ni siquiera es domingo. Y sin embargo, se han vestido con sus mejores atuendos y están alegres. Mirad esos rostros y veréis, hasta en los más adustos, un no sé qué de contento. Y es, simplemente, porque ellos, sin saber por qué —casi siempre les ocurre lo mismo con las cosas trascendentales— se alegran con este Día de la Provincia, implantado por la Diputación, porque presienten que esta festividad es más que un símbolo: es como el feliz anuncio de una preocupación y hasta de una realidad bienhechora.



LOS LAURELES SIEMPRE VERDES

HA sido, hace pocos días, un acto más en El Escorial, en el «Día de la Provincia». Junto a la lápida rezaban un obispo veterano y un abad, casi bisoño, que la víspera había impartido sus primeras bendiciones. En aquella ocasión se había hecho alto en la alegría de la fiesta madrileña, para llevarle una corona de

laurel, en la que había cinco rosas color sangre oscura. Como esa sangre generosa que debe brotar del mismo corazón.

Tanta gente le conocía a él, al que llevaban los laureles y las rosas; tantos han escrito y contado cosas de él, y

de su vida y doctrina, que yo no podría, por faltarme títulos y autoridad, escribir, decir nada. Observar, sentir sobre el momento presente, sí. Autoridades y títulos. Autoridades había en torno a la tumba, y un aristócrata, un Marqués, con camisa azul, sostenía con sus finas manos —casi abaciales— los mismos laureles que también apoyaban las manos fuertes, hijas del trabajo y de la gleba.

Terminó el rezo, quedaron los laureles, y un chico y yo, de los que no tenemos autoridad ni títulos para escribir de quien tanto se ha escrito, de los que entonces éramos adolescentes, nos quedamos rezando. Pero con disimulo, como si leyéramos de nuevas el recordatorio de la lápida.

Sentir, sí se puede. Recordar lo que una ha visto, también. De Alemania, hará mucho tiempo, un admirador de él envió una corona de laurel verde. Los laureles tienen olor y sabor amargo, cuando están frescos, como para indicar que con la gloria va la pena y la amargura.

Hace tiempo, de Italia, otro admirador, ¡oh, aquél!, aquel que sabía que la sangre es la rueda de la historia, mandó una corona de laurel en bronce. Los laureles verdaderos no se marchitan nunca. Están ciñendo con metal y luz la sien de los héroes. ¡Oh, aquél!, aquél sabía hacer bien las cosas. Y de repente me di cuenta que yo no estaba rezando por él, a quien menestrales, autoridades, aristócratas y soldados acababan de ofrendar una corona. Sentía lágrimas en mis ojos, pero rezaba egoístamente por un amigo mío que era de la tierra clásica donde mandaban laureles de bronce. También él había caído, puro, sin dejar semilla de su vida, vertiendo sangre de corazón generoso.

Entonces me di cuenta de lo que rezábamos en él. A todos los que mueren por un ideal y por la Patria. A todos los que vierten su sangre perdonando y pidiendo perdón. A los que se fueron puros, sin mancharse del contacto del resentimiento, de la ambición baja, de la codicia. A todos los que se sacrifican en belleza, en pureza, en juventud. A los que no dejan más semilla de su linaje que sus propias obras. A los que caen antes de ver la cosecha que ellos sembraron. Y su sangre fertiliza el ideal que vertieron en el surco humano, en la tierra de la propia patria carnal.

Estábamos en un templo lleno de Historia. Y pensé en Jesús, también, claro está, a los treinta y tres años. Pero también pensé en Alejandro Magno, en la misma edad. Pensé en los héroes, en las juventudes puras del mundo, capaces de pagar sus ideales con su sangre. Y de rescatar con esa misma savia generosa los pecados del mundo. Y me di cuenta de cómo vivía El en todos los que son capaces de dar su vida por la Patria, el Pan y la Justicia. Y por que los laureles serán siempre verdes, y las rosas rojas, gotas de vida...

EUGENIA SERRANO

ROSAS Y ESTATUAS

(Reproducido del diario ARRIBA)

EL ESCORIAL.—Juan de Austria y Cervantes, la del General Mola, son las calles chicas del barrio alto, en donde lucen al sol las banderas y las colgaduras, adonde las buenas gentes escorialenses han salido camino de San Lorenzo Mártir; la iglesia nueva, en la que el doctor Ricote, obispo auxiliar de la Diócesis, oficia la solemne misa de pontifical. En la ronda de villas madrileñas le toca hoy a San Lorenzo del Escorial el «Día de la Provincia». Día en que han hecho fiesta los colegios y han cerrado los comercios; hasta en Correos han cerrado antes las ventanillas, y hay que correr tras un estanco abierto para cumplir con el rito de poner tarjetas a los amigos en lejanía. Gentes de la ciudad y amigos de la villa de San Lorenzo, misa del Santísimo Sacramento sobre motivos de Sacris Solemne, que toca la orquesta «Juan Crisóstomo Arriaga», que lleva con buena batuta García de la Vega. Por las calles pinas, por las calles de guijos se baja hacia la Lonja. Abren camino los maceros. Los chicos se acercan a ver las dalmáticas, a las autoridades, a los de la Prensa. Están allí los naturales de la Villa, y fué entre los que se asomaban a las puertas o los que luego estaban en la Basílica o en Terreros donde se echó de menos a un gurriato que ha caminado el mundo y ahora anda demasiado metido en su rincón: Román Escotado.

Turistaje y damas que han venido a la última misa en el Monasterio. Seis camaradas de la Vieja Guardia dan vela y vigilia al sepulcro del alto Capitán de la Falange, caballero templario de un siglo con escaso temple; dan vela y vigilia a José Antonio Primo de Rivera, a quien en este día otoñal —lejos de aquí se honra a otro gran señor de Occidente, a Carlos V— se le honra a él por la Diputación; se le honra por caballero defensor de una manera occidental de entender la vida, de perderla, que es más importante todavía.

Laurel y rosas para José Antonio en la Basílica, música de Ketelbey durante la ofrenda. Rezos latinos del señor obispo, padrenuestros de los presentes y saludo ritual de los camaradas antiguos, que le guardan y que acaso un día estrecharon su mano.

Los jardines de Terreros, casi desmonte antes, donde jugaron, se deshicieron rodillas de tanta chavalería, donde tantos idilios se iniciaron, son ahora eso: unos bellos jardines, a la sombra de cuyas rosas y claveles, de sus verdes macizos, han bailado las chicas de los Coros y Danzas rondas y jotas de las mozas de San Lorenzo, de Cenicientos, Robledo y Santa María de la Alameda. Ellas, con sus ropas serranas, y dándoles escolta de danza, los mozos de sus lugares, que serán a buen seguro en la vida diaria sus cortejos.

Allí están los jardines del Rey y Señor Felipe II; allí va a estar en su día —hoy sólo la maqueta— la estatua de Felipe II que Planés va a labrar; allí estará luego un soberbio Auditorium para la música y el verso.

Discursos de Valdavia y el señor Alcalde escorialense, Raimundo Francisco Santos. Premio para las chicas de los Coros y luego premios a la Prensa, con palabras y champaña.

El Valle de los Caídos, en un viaje delicioso, mientras cae la tarde, y su señor abad, Fray Justo Pérez de Urbel, explica todo con saber y sencillez, con amor. Más tarde, El Escorial. Viejo paraninfo de la Universidad «María Cristina»; tarde de recreo para escolares, para periodistas, para gentes de pro. Manolo Pombo Angulo pone la poesía de su palabra; luego la pondría las de Eurípides, que con su «Ifigenia» nos trae un eco de un tiempo lejano.

Día de sol y de honores para un Capitán de otros días, día en que la ciudad ha ido de visita, y no de cortesía, sino de pura amistad, a uno de los lugares que en la provincia madrileña más gloriosa historia encierra.

JUAN SAMPELAYO



SE CELEBRA EN SAN LORENZO DE EL ESCORIAL EL DIA DE LA PROVINCIA

EL PRESIDENTE DE LA DIPUTACION, MARQUES DE LA VALDAVIA, INAUGURO LOS JARDINES PUBLICOS EN DONDE SERA INSTALADO UN MONUMENTO A FELIPE II
También entregó los premios periodísticos concedidos por la Diputación

La misa de pontifical, oficiada por el Obispo Auxiliar de la Diócesis de Madrid-Alcalá, Dr. Ricote, en la iglesia parroquial de San Lorenzo de El Escorial, revistió gran solemnidad. Asistieron las Autoridades provinciales y locales y gran número de fieles.

CON gran brillantez se celebró el «Día de la Provincia», que, organizado por la Diputación Provincial de Madrid, ha sido dedicado este año a la exaltación y divulgación de los valores históricos, artísticos, culturales y económicos del partido judicial de San Lorenzo del Escorial.

A las once de la mañana, en la iglesia parroquial de San Lorenzo, fué oficiada por el Obispo auxiliar de Madrid, Doctor Ricote, una misa de pontifical, a la que asistieron, con el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia, el Abad del Monasterio del Valle de los Caídos, Fray Justo Pérez de Urbel; el Presidente de la Audiencia Territorial, don Gus-

tavo Lescure; el Vicepresidente de la Corporación Provincial, Manuel Pombo Angulo; el Alcalde de la localidad y Diputado provincial, Santos Benito, y los Diputados provinciales camaradas Puig Maestro-Amado, Pozuelo, Huerta Alvarez de Lara, Torres y Torres, Blandín, Cid y González Ser-rano.

OFRENDA DE UNA CORONA DE LAUREL A JOSE ANTONIO

Después de la solemne ceremonia religiosa, en la que fué interpretada la «Misa del Santísimo Sacramento», de Rivera, por la orquesta de cámara Crisóstomo Arriaga, dirigida por el

maestro Julián García de la Vega, las autoridades provinciales, acompañadas por el Obispo, se trasladaron a la Basílica del Monasterio. Allí, el Presidente de la Diputación depositó una corona de laurel sobre la tumba de José Antonio, y seguidamente el Obispo Doctor Ricote ofició un responso por el eterno descanso del Fundador de la Falange.

INAUGURACION DE LOS JARDINES PUBLICOS

Terminado este emotivo acto, al que se unió gran número de personas, las autoridades se trasladaron al parque de los Terreros, donde se ha

llevado a cabo una preciosa obra de transformación y urbanización y se han creado unos jardines, que fueron inaugurados. En ellos va a ser instalado un monumento a Felipe II, primero de los que se le levanten en la provincia de Madrid, que tanto debe a la inquietud y decisión del Rey Prudente. También será instalado en dichos jardines un gran auditorium, cuyo proyecto ha sido ya aprobado.

DISCURSO DEL MARQUES DE LA VALDAVIA

Desde la tribuna levantada al efecto, el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia, pronunció un discurso. Explicó en él la finalidad perseguida por la Corporación provincial con estas conmemoraciones del «Día de la Provincia» e hizo un recuento de los valores históricos, culturales y económicos de cada uno de los partidos judiciales de Colmenar Viejo, agricultor y ganadero; Chinchón, el de los buenos caldos; Getafe, corazón de la España católica; Na-



La visita al Valle de los Caídos fué uno de los actos de mayor emoción e interés del "Día de la Provincia". Los visitantes pudieron admirar la obra maravillosa de la cripta del Valle y su cruz monumental.